
Retrocede Cada vez que Pretendemos Alcanzarla

La Democracia, Sólo un Horizonte

- ★ En el Juego Electoral los Datos Siguen Cargados
- ★ Difícil de Arrancar la Raíz del Atraso Político
- ★ Unica Esperanza: Lograr la Movilización Social

LORENZO MEYER

El camino hacia la democracia, el de las urnas, está lleno de trampas, pero no hay otro que sea mejor. Debemos intentar recorrerlo otra vez, sin ilusiones pero con una esperanza razonable.

El horizonte no es más que una línea imaginaria frente a nosotros que parece separar la tierra del cielo, pero que retrocede cada vez que pretendemos llegar a ella. En México, la democracia política sigue siendo eso, horizonte, sólo horizonte.

De tiempo atrás y hasta hoy, los mexicanos no vivimos la democracia, simplemente la imaginamos. Es la línea que senara a nuestro pasado y presente autoritarios de un futuro distinto y deseable: libre y, sobre todo, digno. Desafortunadamente, cada vez que la sociedad mexicana —siempre una parte de ella, nunca toda— se ha sobrepuesto a obstáculos enormes y ha marchado al encuentro de su democracia —1857, 1910, 1929, etcétera—, ésta simplemente ha retrocedido

La Democracia, Sólo un Horizonte

Sigue de la primera plana

para convertirse en un nuevo horizonte. Superar la frustración de estas experiencias repetidas, recuperar el ánimo y la energía e iniciar de nuevo la interminable búsqueda, requiere tiempo e imaginación. En la actualidad vivimos uno de esos momentos en que aún no desaparece del todo la frustración de haber perdido otro horizonte, aún pareciera dominar el cansancio de un esfuerzo democrático frustrado —el de 1988— y todavía hay que acumular energías para volver a emprender la marcha en la terca búsqueda de una vida colectiva que por la vía de la democracia política nos permita dejar atrás, de una vez por todas, lo mucho que aún queda de colonial en nuestro sistema político, social y cultural.

En vísperas de las elecciones federales de mitad del gran sexenio neoliberal, no hay nada que permita suponer que éstas puedan tener algún significado decisivo en nuestra búsqueda de la democracia. En el juego electoral mexicano los dados siguen estando cargados, muy cargados.

★

En las democracias reales —incluso en las de muy reciente creación o recreación—, la neutralidad del aparato electoral y la confiabilidad de los comicios, su legitimidad, es un *a priori*. En esas circunstancias, las energías políticas de los ciudadanos, autoridades, partidos, grupos de presión e interés y medios de difusión, se invierten en lo sustantivo: en llevar a la práctica, oponerse o modificar, según sea el caso, los programas de gobierno del partido en el poder. Es en esas circunstancias, y sólo en esas, cuando verdaderamente adquiere sentido la presentación y discusión de los proyectos del gobierno y de los alternativos, aquellos presentados por la oposición, pues la posibilidad de que ésta asuma la responsabilidad del gobierno siempre está abierta. Ese no es nuestro caso ahora ni ha sido por mucho tiempo.

La raíz del atraso político mexicano es vieja, profunda y difícil de arrancar. El problema se centra en la persistencia de un partido del Estado: el PNR-PRM-PRI. Este partido que nació hace 62 años, no fue producto del surgimiento y organización de un movimiento político que buscara el apoyo de la sociedad para llegar al poder y desde ahí poner en marcha un proyecto previamente discutido y madurado al interior del partido como es

cambiado en 62 años. Es por ello que para el PNR-PRM-PRI la idea misma de tener que legitimar y ganar su derecho a gobernar mediante elecciones competitivas es algo irreal, aceptado en el discurso pero negado en los hechos. En la práctica, hoy el PRI, como antes el PNR y el PNR, saben que asegurar su triunfo electoral es un asunto de un mando superior, el del Estado. El partido no es ni puede ser el arquitecto de sus predecibles victorias, sino simplemente su beneficiario, de ahí su absoluta falta de independencia y su sometimiento a la institución que rige el quehacer de todo el aparato del Estado: la presidencia.

★

Para los líderes originales del partido del Estado, su derecho a monopolizar el mando ganado por la fuerza de las armas a los porfiristas, huertistas y a las otras facciones revolucionarias, nunca fue algo que estuviera a discusión. Esa actitud, aunque no sus razones se la legaron a sus sucesores. Para todos ellos, el proceso electoral ha sido una movilización social rigurosamente vigilada y controlada, cuyo propósito no es otro que refrendar la: decisiones tomadas por los dirigentes estatales en cuanto a candidatos y programas. En aquellos contados casos en que la oposición ha pretendido dar un carácter realmente competitivo al proceso electoral (1929, 1940 ó 1952, para mencionar sólo los casos más conocidos antes de 1988— el mismo elemento que había permitido establecer el monopolio del mando, fue usado para enfrentar el desafío y hacer volver las aguas de la política a su cauce normal: la fuerza del Estado, la de su aparato represivo.

En estas condiciones, pedir o esperar del PRI en 1991, de su dirección real que es la misma que la de todo el Estado —la presidencia— un comportamiento apegado a las reglas de la competencia democrática, es pedir algo antinatural. Es imposible esperar que hoy quienes dirigen la gran organización burocrática estatal no usen su enorme capacidad de mando y los grandes recursos económicos y políticos de las instituciones que dirigen para darse a sí mismos, por medio del PRI, las ventajas necesarias para imponerse al desafío que hoy repre-

sentan los partidos de oposición. Por tanto, no debemos esperar que las elecciones de la semana próxima, las instituciones estatales creadas para organizar, vigilar y calificar el proceso electoral, se comporten de manera neutral, democrática. Ahora bien, si los datos que usa el Estado para llevar adelante el proceso electoral están tan cargados como aquí se ha argumentado, ¿entonces qué es lo que debemos hacer los que insistimos en nuestro derecho a vivir en la democracia?

No es irracional la posición de los que señalan que es absurdo insistir en competir electoralmente contra el Estado pretendiendo que la lucha se lleva a cabo simplemente contra el PRI. Y para evitar ese absurdo, se propone una abstención activa en un proceso electoral que realmente no es tal. Desde esta perspectiva, la mejor alternativa es dejar la arena electoral vacía como protesta, y de esta manera mostrar a México y al mundo exterior —en cuyas manos está el destino del proyecto neoliberal del salinismo— que las elecciones mexicanas no son competitivas y que, por tanto, las autoridades que de ellas salgan no son legítimas. Lo malo de esta propuesta es que, tal y como están hoy las cosas, es imposible lograr la unidad necesaria de la oposición para dejar realmente sin interlocutor al partido del Estado. Hay ya muchos intereses creados por parte de los que conforman la heterogénea contraélite política mexicana, pues los pequeños espacios que se les han dejado —diputaciones, alcaldías y una gubernatura a la que quizá le siga otra— representan para algunos de entre ellos un modo de vida al que no están dispuestos a renunciar. Finalmente, si la retirada de la oposición del campo electoral no es apoyada por la sociedad y, en cambio, se topa con la indiferencia ciudadana —lo que es hoy una posibilidad muy alta— entonces la oposición habría llegado a un callejón sin salida, pues la alternativa a la lucha por el poder serían los movimientos sociales o la violencia. Los primeros tienen, en el mejor de los casos, un alcance muy limitado, y la segunda se ha convertido en algo inviable.

★

Así pues, parece que no

queda otro camino a la oposición democrática y a la sociedad entera, que jugar el juego electoral a sabiendas que los dados están cargados por el Estado en favor de su partido, y que ese juego político cuenta con la aceptación, e incluso el apoyo, de una buena parte de las cúpulas no gubernamentales que organizan y regulan partes importantes de la vida social: empresarios, sindicatos, caciques rurales y urbanos, Iglesia, organizaciones profesionales, medios de información, capital externo, los gobiernos de las grandes potencias, etcétera.

El objetivo de la actual dirigencia del Estado y de quienes le apoyan, no parece ser otro que el de prolongar el *status quo* político lo más posible. Permitir el cambio político sólo en la medida en que no ponga en peligro la permanencia en el poder de los que ahora lo tienen. Se trata, en el mejor de los casos de transitar del autoritarismo al semiautoritarismo o, si se prefiere, a la semidemocracia, nada más. Asegurar que en 1994 el presidente pueda volver a ejercer su prerrogativa principal —imponer a quién le habrá de suceder— y dejar literalmente para el siglo XXI la posibilidad de introducir en México un sistema electoral donde se pueda prescindir del partido de Estado.

El panorama no es alentador, pero no es enteramente negro. Hay algo que puede dar al traste con el proyecto de hacer pasar por democracia al semiautoritarismo neoliberal: lograr una auténtica movilización social que vuelque al grueso de los ciudadanos en las urnas y trabe los engranes de la maquinaria del fraude. Entonces, y sólo entonces, existirá la posibilidad de dar un golpe definitivo al sistema de partido de Estado. Eso casi ocurrió en 1988 cuando la mitad de los ciudadanos inscritos en el padrón votaron, y eso y más pudiera volver a ocurrir en 1994, pero para que ello tenga lugar los partidos de oposición deberán despertar de su apatía a muchos de los ciudadanos mexicanos, inyectarles con el ejemplo y la organización, la pasión por la democracia. Para ello es necesario remontar enormes obstáculos dentro de cada partido y los que el Estado impone a todos en conjunto, es tarea difícil pero no imposible. Esta es la única esperanza, la única opción realista, para quienes insistimos que México puede tener un futuro

co mexicano es vieja, profunda y difícil de arrancar. El problema se centra en la persistencia de un partido del Estado: el PNR-PRM-PRI. Este partido que nació hace 62 años, no fue producto del surgimiento y organización de un movimiento político que buscara el apoyo de la sociedad para llegar al poder y desde ahí poner en marcha un proyecto previamente discutido y madurado al interior del partido, como es normalmente el caso de los partidos políticos que operan en las sociedades democráticas. En México, el proceso —y ahí está el meollo del problema— fue exactamente el inverso: aquí, un grupo sin partido, se adueñó del poder en virtud de su capacidad militar a lo largo de una terrible guerra civil. El partido vino varios años más tarde; nada tuvo que ver con la toma del poder y el cambio sino que fue un subproducto de aquello. Desde su nacimiento en Querétaro en marzo de 1929, quedó bien claro que la tarea del partido creado por el poder y no para alcanzar el poder, no era ganar elecciones —esas las tenía ganadas de antemano como resultado de que sus organizadores y dirigentes ya tenían de tiempo atrás el control total y absoluto del proceso político en el país— sino simplemente organizarlas sabiendo de antemano que el triunfo tendría que ser suyo. al PNR-PRM-PRI se le formó desde la cúspide del poder y sin la participación de la sociedad, porque el Presidente Calles se vio precisado a hacerlo por un hecho inesperado, una coventura: el asesinato en 1928 del presidente electo y gran caudillo, el general Alvaro Obregón.

Si resulta que conquistar e retener la capacidad de dominio mediante la competencia electoral no fueron nunca las tareas sustantivas del PNR-PRM-PRI, entonces, ¿para qué nació y se desarrolló? Pues nació y creció para ser un instrumento más del líder supremo del sistema político postrevolucionario (el Jefe Máximo primero y el presidente después), en la tarea de organizar y limitar la disputa interna por la administración de un poder al que de antemano se tenía seguro y al que no se estaba dispuesto a abandonar por ningún motivo, y menos por una derrota electoral. Plutarco Elías Calles pensó al partido que formó como un instrumento dúctil —un marco— para afinar y encauzar el proceso de transmisión del mando dentro del círculo de hierro de la élite revolucionaria. Esa naturaleza del partido del Estado no ha

imposible esperar que hoy quienes dirigen la gran organización burocrática estatal no usen su enorme capacidad de mando y los grandes recursos económicos y políticos de las instituciones que dirigen para darse a sí mismos, por medio del PRI, las ventajas necesarias para imponerse al desafío que hoy repre-

un callejón sin salida, pues la alternativa a la lucha por el poder serían los movimientos sociales o la violencia. Los primeros tienen, en el mejor de los casos, un alcance muy limitado, y la segunda se ha convertido en algo inviable.

*

Así pues, parece que no

de su apatía a muchos de los ciudadanos mexicanos, inyectarles con el ejemplo y la organización, la pasión por la democracia. Para ello es necesario remontar enormes obstáculos dentro de cada partido y los que el Estado impone a todos en conjunto, es tarea difícil pero no imposible. Esta es la única esperanza, la única opción realista, para quienes insistimos que México puede tener un futuro político que no sea simplemente la continuación del presente que a su vez, es la prolongación del pasado.

Y para concluir, una nota personal. La esposa de este columnista y él mismo han sido invitados a pasar su año sabático, que se inicia en un par de semanas, como profesores invitados de dos instituciones universitarias españolas. En virtud de lo anterior, la colaboración semanal en este diario queda en suspenso: confío poder reanudarla en el futuro y enriquecerla con el resultado de la experiencia europea. No hay como ver al país desde la distancia, y desde una sociedad que ya experimentó el tránsito del autoritarismo a la democracia, para mejorar la perspectiva. Hasta pronto.